

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

---

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

18/2015

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## RECENSIONES

Jiménez Sureda, Montserrat, *Crist i la historia. Els inicis de la historiografia eclesiàstica catalana en el seu context europeu*, Bellaterra (Cerdanyola del Vallès), Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 2014

(Joan Pubill)

pp. 231-237



Universidad  
de Navarra

---

Jiménez Sureda, Montserrat, *Crist i la historia. Els inicis de la historiografia eclesiàstica catalana en el seu context europeu*, Bellaterra (Cerdanyola del Vallès), Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 2014, 489 pàgines, ISBN. 978-84-490-5092-3. 20,00 €.

Introducció. I. Els precursors. II. Un univers cristià. III. La pobresa corporativa. Els nous ordes mendicants i la història. IV. «A Dios rogando y con el mazo dando». La *militia christi*. V. Efervescència religiosa des del món medieval. VI. Heretges i dissidents. Reflexos historiogràfics dels «enemics de la fe». Conclusiones.

Hagamos un ejercicio de recreación histórica nada trivial y comprobemos el poder que tiene la imagen para adoctrinar, para enseñar, tal y como los laicos —entendidos en su aceptación de iletrados o analfabetos— aprendían la palabra en su forma plástica, a través de la portada que la autora escogió deliberadamente para su obra: *San Lucas pintando a la Virgen* (1572), del pintor renacentista Giorgio Vasari. El artista aretino imaginó el evangelista Lucas plasmando en un lienzo la Virgen con el Niño Jesús en sus brazos, siguiendo la tradición que ha hecho del discípulo de San Pablo pintor por oficio y patrón de los historiadores. Una asociación que encuentra su razón de ser en la etimología del verbo griego *historéin*, el cual contiene el significado de pintar, pero también de describir, relatar. Con esta polisemia implícita, la historiadora subraya el vínculo entre los dos vocablos, cuya relación radica en la acción de reflejar. Entroncando el término, así pues, con su vertiente aristotélica: el historiador es el que narra unos hechos porque conoce lo que ha visto; lo ha investigado. El sustantivo *historía*, asimismo como *historéin*, comparte orígenes semánticos con el verbo *oída*, que se traduce por ver o saber. En este sentido, Montserrat Jiménez Sureda condensa a la perfección ese refrán que reza que una imagen vale más que mil palabras, haciendo partícipe al lector del contenido antes siquiera de que abra el libro y se adentre en sus páginas.

Entrelazando sus inquietudes historiográficas con sus preocupaciones de enfoque, el resultado es una obra densa, adjetivo tomado como antónimo de frívola, de insustancial, consecuencia del constante diálogo del lector con una erudición que es el fruto de ocho años de digestión de lecturas, de búsqueda archivística y de refundación y síntesis de cerca de dos mil páginas escritas. Con 2.305 notas a pie de página y un volumen de referencias bibliográficas consultadas que se le asemeja en número cuando no lo supera, *Crist i la història* se presenta como el primer tomo de una trilogía que pretende reparar vacíos importantes en la historia eclesiástica a partir del estudio comparado entre la tradición historiográfica catalana y otras corrientes eclesiásticas nacionales. Con el presente

## RECENSIONES

volumen se pone la primera piedra: en él se rastrean los antecedentes de la historiografía cristiana en los mundos grecolatino y judío y se analiza como los historiadores cristianos forjaron una identidad común durante el Imperio romano para después construir las identidades nacionales y vernáculas durante el medioevo. Esta acotación cronológica no impide a la historiadora hacer referencias a los siglos modernos o señalar la pervivencia de algunos géneros cristianos en las sociedades contemporáneas, como el maridaje entre los gozos y la cultura popular futbolera.

La correlación de estos dos planos, el espacial en la geografía tratada y el temporal en el período estudiado, obliga a estructurar el trabajo en ocho partes bien distintas, dos de las cuales son la introducción —más bien una declaración de intenciones donde se exponen y justifican los métodos y la aproximación— y las conclusiones. Ya en la parte introductoria, la misma autora advierte del titánico esfuerzo que supone abordar un objeto de estudio tan inabarcable cronológicamente como la historiografía eclesiástica catalana para que a su vez tenga que hacerse un ejercicio comparativo para incardinarla en su contexto. Por esta razón, la composición del cuerpo consta de seis apartados temáticos que, si bien parecen inconexos, son una muestra fehaciente de la fecundidad y diversidad de la producción eclesiástica y de la capitalidad que ha ocupado la iglesia en la historia y en la historiografía de Europa. De ahí que Jiménez Sureda catalogue su obra de balance resumido y sugiera la necesidad de tratar cada uno de los apartados de forma monográfica debido a su trascendencia y complejidad.

El primero de ellos se centra en la herencia grecolatina y judía tanto dentro del universo conceptual —a esta última se debe la categoría cultural de infancia— como en la construcción de géneros historiográficos cristianos, como fueron la cronística, los espejos de príncipes, los anales o los florilegios. Por un lado, esos precursores griegos y romanos servirían de modelo y proporcionarían las bases para el posterior desarrollo de géneros literarios e historiográficos. Autores de la talla de Maquiavelo o Montesquieu harían suyos presupuestos metodológicos helenos, como la consideración polibiana acerca de la importancia de conocer el pasado para entender el futuro o el uso de citas de autoridad. Mientras que la influencia de la *Historia natural* de Plinio el Viejo se haría sentir en los libros de viajes y en las cosmografías. Por otro lado, la cultura judía es inseparable de la posterior tradición cristiana, cuya fuente de inspiración se encuentra precisamente en la Biblia. Ese *Libro de Libros*, que sería el motivo de *ressourcements* tanto por parte de disidentes, ortodoxos como reformistas, y constituiría la fuente de legitimidad y de referencia. Pero no solo son las Sagradas Escrituras el vínculo de unión. Como se quiere señalar, son multitud los conceptos y las *praxis* cristianas que derivan de la susodicha cultura: desde la forma hermenéutica de comprender el texto, cuyas exégesis y comentarios enriquecieron la forma de hacer historia, hasta el pactismo bíblico entre Yahvé y el pueblo

## RECENSIONES

de Israel — eclesiásticos catalanes asimilarían repetidamente la suerte del pueblo de Moisés con Cataluña en el siglo XVIII —, pasando por el derecho a la resistencia contra el tirano, facultad aprobada por los tiranicidios veterotestamentarios.

El segundo apartado temático es el más extenso y en el que más secciones se divide a raíz del análisis de lo que la historiadora ha llamado el universo cristiano, de cuya vastedad se intuyen tres grandes planos superpuestos: la producción escrita; los espacios de producción, difusión y transmisión de conocimientos como fueron los monasterios y las universidades, y los viajes religiosos. Primeramente, la autora manifiesta otra vez más las conexiones entre la mitografía grecorromana y el cristianismo a través de los martirologios, las hagiografías o la literatura de los *exempla*. Además, tomando el enfoque analítico de Raül Ro-sières, pone de relieve como, pese a la distancia geográfica, se encuentran mitos e historias similares en distintas regiones. Un modelo interpretativo que enlaza con el mismo propósito ecuménico del cristianismo de ser local y universal. El estudio transnacional de las crónicas ahonda en este aspecto, ya que permite trazar un puente entre los orígenes de las naciones y los padres eclesiásticos como Isidoro de Sevilla, Gregorio de Tours o Beda el Venerable con ese género histórico-literario. En segundo lugar, en esa *Christianitas* del siglo XIV, se pone de relieve la labor que desempeñaron abadesas y monjas en ese universo de y por mujeres que eran las escuelas monásticas. Jiménez Sureda, atenta a los entresijos de los viejos paradigmas, puntualiza que, paradójicamente, los momentos estelares de renacimiento cultural fueron privativos para las mujeres. Por último, destacar la duplicidad del viaje religioso, el cual tiene una vertiente física, materializada en el despliegue de grandes misiones, peregrinaciones y cruzadas, y otra de metafísica. Con una intencionalidad multidisciplinar, la obra no olvida la interiorización de la religiosidad por personalidades como Juliana de Norwich, Teresa de Jesús o John Bunyan, cuyos escritos son la muestra evidente de la simbiosis entre vivencia religiosa y literatura. Si buena parte de la épica y de los libros de viajes se desarrollaron —y bebieron— del fragor de las cruzadas, convirtiéndose en obras de gran valor histórico-cultural con una pervivencia que llega hasta nuestros días, no son menos los relatos íntimos, casi biográficos, de estos peregrinos de esencias que hicieron de sus experiencias íntimas grandes periplos.

Bajo el concepto de pobreza corporativa, el tercer apartado se centra, entre otros temas lindantes, en la configuración de los dominicos y en su papel en la educación; en la custodia de Tierra Santa por parte de los hermanos menores; en la formación de identidades eslavas como resultado de las misiones de dominicos y franciscanos, y en las problemáticas internas entre los seguidores del orden del Carmelo. Axiales resultan las pesquisas acerca de la vida de tres monjas dominicas, las catalanas Julianna Morell, Hipòlita de Jesús y la inglesa Francis Raphael, las cuales no merecen menor mérito que sus hermanos ordenados Ra-

mon de Penyafort o Francisco de Vitoria, y de cuya letargia y silencio la historiadora quiere sacarlas por obvias y justas razones de memoria histórica. Aparte de la relevancia de sus escritos, los cuales permiten una mayor profundización en el ámbito de lo íntimo, de las sensibilidades y de las aportaciones femeninas en lo religioso, el estudio biográfico sirve para arrojar luz sobre aspectos tan fascinantes como la construcción de la santidad. El ejemplo lo encarna Hipòlita de Jesús, cuya fortuna posterior no puede desvincularse de los intrínquilos de su sobrino Don Tomàs de Rocabertí. Una muestra de cómo la historia debe abordarse desde múltiples ángulos para discernir los estrechos lazos, muchas veces imperceptibles, entre el proceso de canonización de una hermana dominica que terminó en el *Índice* inquisitorial de libros prohibidos y los intereses mundanos coyunturales.

Otras temáticas que despiertan un interés notorio por las observaciones que se apuntan provienen de la devoción popular. Los apuntes de los orígenes devocionales del Rosario y del escapulario motivan más preguntas historiográficas de las que la historiografía puede responder. Los planteamientos para un estudio global de las diferentes formas de prácticas piadosas populares sobrepasan los meros esquemas interpretativos, en muchas ocasiones simplistas en cuanto al contenido, porque la síntesis anonada la pluralidad. Jiménez Sureda, sin adentrarse en esta laberíntica y angosta problemática, dibuja una propuesta de análisis: comprender el cultivo de estas formas de devoción dentro de la lucha de los diferentes órdenes por hacerse con una cuota mayor de mercado.

En el cuarto apartado se ponen en relación los órdenes que constituían los *militia christi* con su contexto. La primera sección se abre con una aproximación a los templarios, quienes mejor personifican las contradicciones de la sociedad feudal: de un lado, la porosidad entre estamentos, ya que eran *oratores* y a su vez *bellatores*. Del otro lado, el equilibrio de conveniencias, e intereses, entre el poder religioso y el secular. Tras unas consideraciones acerca de los órdenes militares en la Península Ibérica, como fueron la orden Montesa, la de Calatrava, la de Alcántara y la de Santiago, se llega al nudo del apartado: las guerras historiográficas entre órdenes, con especial atención a las que tuvieron como blanco de tiro los mercedarios en los albores del siglo XVII. La autora repasa las críticas que tuvieron que hacer frente los seguidores de Pere Nolasc. Por un lado, las que provenían del interior de la orden y que acabarían generando la escisión de los descalzos frente a los conventuales. Una división —como sucedería entre franciscanos y capuchinos— que pone de manifiesto que las estrategias que imperaban en la esfera religiosa concernían e involucraban algo más que asuntos puramente doctrinales: la potestad del poder regio a la hora de arbitrar cuestiones eclesiásticas. Un interrumpido debate que subraya la falta de límites nítidos entre el regalismo y el papismo, cuyo colofón sería la Reforma. Por otro lado, las dudas de sus socios dominicos, trinitarios y mínimos referentes al año y a la

## RECENSIONES

autoría humana de la fundación del orden. De nuevo, las claves explicativas que permiten comprender el porqué de las rivalidades vienen dadas por la competitividad directa de unos órdenes que compartían servicios y por la estrategia de aumentar el prestigio propio mediante el descrédito.

Siguiendo la estela de órdenes religiosos, el quinto apartado está dedicado a los hospitalarios de San Antonio, a los servitas, a los seguidores de la orden de San Jerónimo y a los capuchinos. Con la aproximación a dichos órdenes, se examina el peso del fervor religioso de los siglos XI al XV, el cual no siempre provenía de una plebe enardecida ni estaba pensado como instrumento de control de las élites. Casos como el de los servitas lo certifican: los siervos de la Virgen María gozaban de miembros de la aristocracia entre sus fundadores, como el hijo de un príncipe de la República de Florencia que optó por desembarazarse de la opulencia y vivir humildemente. La escenografía desplegada, el traspaso de una vida de privilegios a un modo de vida marcado por la mendicidad, fue un mecanismo de atracción y captación tanto o más potente que los sermones. No obstante, el caso de Alessio Falconieri no fue el único. Las *mantellate* de Giuliana Falconieri, sobrina del anterior, aportan el contrapunto femenino a ese universo de movilidad social bidireccional. Por último, si bien se presenta un poco desarticulado del conjunto del apartado, destaca la vivaz muestra de antropología histórica que se aplica a los *paraísos conceptuales* que fueron los conventos jerónimos esparcidos por la geografía catalanohablante, como los de Sant Jeroni de la Murtra o Santa Isabel de Palma de Mallorca. Unas instituciones que aún esperan una investigación concienzuda que plantee su dimensión cultural y social en el conjunto de Occidente y que historicice la simbología de esos espacios.

El sexto y último capítulo es el más atractivo, no solo por la fascinación que despiertan los herejes como los cátaros, husitas, milenaristas o los judaizantes, sino porque proporciona elementos para reflexionar. De entre las muchas consideraciones, destacan: en primer lugar, que la historia es una narración escrita por los vencedores, pero siempre *in media res*. Fueron los cronistas los que asentaron los cánones de la ortodoxia en respuesta a los movimientos de disidencia. Fruto de esta alteridad, son paradigmáticas las crónicas de Guilhèm de Puèglaurenc centrada en los albigenses, de Thomas Walsingham, quién denostó a los lolardos, y de Francesc Eiximinis sobre los apostólicos o *fraticelli*. Fruto de esta reflexión se deriva el interés de la historiadora por discernir los sutiles procesos que empujan a un disidente a ser estigmatizado de hereje o a ser canonizado. El exponente ejemplar es San Francisco de Assís. El *poverello d'Assissi* fue un rebelde que consiguió establecer una nueva ortodoxia, una suerte que no compartieron sus seguidores más radicalizados, como los *fraticelli*, cuyos líderes terminaron excomulgados y ejecutados por herejía.

Una segunda reflexión es el papel de la misoginia en la construcción de la disidencia. Pueden escandalizar —o parecer banales a día de hoy— los argumen-

## RECENSIONES

tos que se esgrimieron para aplacar a las sublimadoras de Wilhelmine de Bohemia, acusadas de travestirse para dar misa y practicar bacanales, o los pretextos bajo los cuales Jean Gerson condenó el movimiento de beguinas y begardos. Un miembro del cual, Prous Boneta, fue quemada por heresiarca. No debe menospreciarse el discurso restrictivo masculino inherente en las acusaciones y destinado a evitar la autonomía intelectual que podía derivarse de la capacidad para gestionar la escritura, monopolio por entonces de la jerarquía ilustrada.

Un aspecto, el de la misoginia, que enlaza con la creación de contraidentidades respecto a lo judío. Los constructos cohesionadores sirvieron para mantener unida la cristiandad y así evitar la fractura interna. Figuras bíblicas como la del Judío Errante, conceptos como el del deicidio o la propaganda acerca de los libelos de sangre alimentaron y desataron fervores como la masacre de la noche de San Lorenzo de 1391 en Girona. Sin embargo, no todo puede aducirse a la intolerancia, ya que la coexistencia, que no convivencia, se explica también por el miedo cotidiano a la muerte física y espiritual. La asociación entre el judío y el mal, con obras como *Pugno Fidei* (1280) de fray Ramon Martí, permitía no solo sentirse parte de una *Christianitas*, sino disponer de un chivo expiatorio que hiciese los pesares terrenales más explicables.

El apartado relativo a las conclusiones sirve, como la introducción, para compendiar algunos puntos esenciales de la investigación y destacar algunas reflexiones, como el deber de contrarrestar el pseudocientifismo de la ficción histórica. Sin duda, Montserrat Jiménez Sureda ha labrado un ensayo que se erige como el cimiento para encarar todas esas cuestiones anteriormente señaladas, desde la construcción de la disidencia a la pugna entre el poder temporal y el espiritual, pasando por la función que desempeñó la historiografía en la configuración de la lengua y en la cohesión de identidades. Consciente de las limitaciones propias —como la imposibilidad de acceder a bibliografía en alemán— y de su obra —que se resumen en “escoger es renunciar”—, solo puede echarse en falta un índice onomástico y advertir de algún exceso de enumeración que disloca puntualmente la interpretación. En definitiva, una rica mina de análisis, observaciones e informaciones desde donde partir.

Montserrat Jiménez Sureda es actualmente docente e investigadora en la Universitat Autònoma de Barcelona donde colabora en el grupo de investigación de historia moderna *Manuscripts*. Fue profesora de la *Venice International University* durante el curso 2003 – 2004. Especialista en la historia eclesiástica, ha trabajado desde su tesis doctoral, publicada bajo el título *L'església catalana sota la monarquia dels Borbons. La catedral de Girona en el segle XVIII* (1999), diferentes aspectos de la historia de la iglesia dieciochesca: la hegemonía de las élites locales mediante los estatutos de extranjería implantados en el territorio en «Alienígenas, regnícolas y naturales: Monarquía y élites en una catedral catalana del siglo XVIII» (1998); la

## RECENSIONES

reacción borbónica a la aventura revolucionaria en Francia y los factores sociales de alistamiento y reclutamiento con la obra *Girona, 1793-1795. Guerra Gran i organització política a la monarquia dels Borbons* (2006); la ilustración catalana a partir del historiador y canónigo gerundense Francisco Javier Dorca y Parra en «El filósofo comedido: la Ilustración en una capital de corregimiento» (2004) o más recientemente el legado grecorromano en la configuración del Occidente europeo con títulos como «El concepto histórico de alianza en el Occidente cristiano» (2012) o «El origen griego de la identidad colectiva de Europa» (2013). Sin descuidar su resolutivo énfasis en una historiografía que equipare las aportaciones de las mujeres con la de sus homólogos masculinos, como demuestra su estudio «La mujer en la esfera laboral a lo largo de la historia» (2009). Todas ellas, aproximaciones y perspectivas que amalgaman el cuerpo de *Crist i la història*.

Joan Pubill Brugués  
Universitat Autònoma de Barcelona